

## PRESENTACIÓN EDITORIAL

Paola S. Ramundo<sup>1</sup> y Virginia M. Salerno<sup>2</sup>

1- Editora Responsable; paolaramundo@conicet.gov.ar

2- Editora Responsable; vmasalerno@gmail.com

En los inicios del siglo XXI confluyen una serie de movimientos que cambiaron el modo en que entendemos la Arqueología, diluyendo los ambiguos límites del pensamiento moderno entre ciencia pura y ciencia aplicada. Surgidos en diferentes momentos y geografías, estos movimientos involucran una amplia gama de actores, prácticas y usos sociales en torno a la actividad científica en general, así como a los materiales y el conocimiento arqueológico en particular. Por un lado, en las sociedades capitalistas contemporáneas se ha intensificado el protagonismo de los campos científicos y tecnológicos haciéndose evidente el modo en que los desarrollos de dichos campos impactan en la vida cotidiana de las personas, en la economía, la política y la cultura (Escobar 1994; Harvey 1999). Por otro lado, en la Arqueología, fueron particularmente significativas las transformaciones propiciadas a partir de las reivindicaciones de pueblos originarios y afroamericanos en pos de ampliar su participación en la gestión y producción de conocimiento sobre su pasado (Bengoa 2009; Endere 2001; Trigger 1992); así como los múltiples procesos de activación patrimonial con fines comerciales, turísticos, científicos, educativos y/o empresariales, entre otros (Ballart 1997).

Estas transformaciones pusieron de manifiesto los diferentes escenarios del campo profesional de la Arqueología, el cual ya no puede ni debe quedar solamente en el ámbito científico tradicional avalado únicamente por instituciones o centros de investigación y universidades, tanto nacionales como provinciales. La práctica arqueológica (fruto del contexto socio-histórico del cual jamás ha sido ni será ajena), incluye múltiples espacios donde desarrollar la disciplina. Espacios que han surgido muchas veces al calor de las coyunturas locales y para los cuales ninguna Alta Casa de Estudios donde se enseña la especialidad, nos ha formado al respecto. Entre estos nuevos ámbitos de inserción laboral se destacan el desempeño en temáticas de gestión, el cuidado del patrimonio, el desarrollo de políticas públicas y derechos humanos, la investigación-acción e investigación aplicada, los trabajos de contrato, el turismo cultural y la comunicación del conocimiento, entre muchos otros. Dichas tareas se encuentran directamente ligadas a áreas de trabajo diferentes a las tradicionales, tales como ministerios, municipios, institutos de formación docente, museos y otros espacios públicos (bibliotecas, archivos, etc.), ONG's, equipos de orientación en establecimientos educativos, consultoras, empresas, etc.

Los trabajos compilados en este nuevo número presentan diferentes experiencias profesionales que llaman la atención sobre ciertas necesidades presentes y futuras para la formación de los arqueólogos. Entre ellas, la falta de formación en gestión es un aspecto ampliamente considerado por todos los autores. Las experiencias relatadas dan cuenta de múltiples formas de hacer y desarrollar la arqueología que van más allá del estereotipo del investigador independiente sólo dedicado a excavar y estudiar materiales. Así, estos trabajos evidencian un tema clave y directamente vinculado a la forma en que las inserciones institucionales involucran a los investigadores en tramas complejas que reconfiguran el quehacer cotidiano.

En este sentido, el trabajo de **Zabala y Fabra** reflexiona sobre las particularidades de

desarrollar propuestas de enseñanza de la arqueología en el marco de un proyecto de extensión universitaria junto a Institutos Superiores de Formación Docente de Córdoba, en los cuales se abordó como tema central a los pueblos originarios que habitaron y habitan el actual territorio de esa provincia, desde la Arqueología Pública y la Bioarqueología. A lo largo del texto discuten las características de la vinculación entre estas instituciones a través de un museo de antropología universitario, así como también la relevancia de abordar con este público, variados temas relacionados con los pueblos originarios a partir de materialidades arqueológicas (restos humanos), la situación de dichos pueblos y las comunidades en el presente. Las autoras resaltan que en el marco de estas actividades (talleres) se producen conocimientos que registrar, dan cuenta de formas “no documentadas” de conocer y vincularse con la historia indígena de la provincia por parte de los actuales pobladores de la misma. En la misma línea, el trabajo de **Caro Petersen y colaboradores** visibiliza ciertas particularidades dadas cuando la investigación se despliega inserta en contextos institucionales municipales públicos y abiertos a la comunidad, los cuales contrastan con las dinámicas y lógicas de trabajo profesional dentro de contextos universitarios. Entre ellos, se resaltan la gestión de las agendas cotidianas y los modos de abordar las planificaciones de los proyectos, así como las dificultades presentes en la labor diaria, y la explicitación de algunos puntos de divergencia observados entre los espacios municipales y los ámbitos académicos, que plantean dinámicas y lógicas de trabajo profesional diferentes. El artículo da cuenta de la experiencia profesional de un equipo integrado por arqueólogas dedicadas a investigación, así como antropólogos y arqueólogas especializados en gestión, administración e investigación-acción en un área del Museo y Archivo Histórico, y del Museo de Ciencias Naturales de Necochea.

Por su parte, **Pafundi** destaca la necesidad de formación específica para el desarrollo de la arqueología de impacto y nos muestra cómo la falta de conocimiento respecto de las salvaguardas ambientales puede constituirse en un elemento que sitúe a la gestión arqueológica en este campo con cierta desventaja. El trabajo presenta ejemplos provenientes del sector público y privado, del buen y mal uso de las salvaguardas para el establecimiento de herramientas de gestión de impactos en este tipo de proyectos. A partir de estos casos el autor enfatiza en la necesidad de que dichas salvaguardas sean conocidas por la comunidad de arqueólogos, ya que las mismas definen lo que se entiende por buena práctica en la evaluación de impactos arqueológicos en los proyectos de desarrollo.

De igual forma, y dando cuenta de los múltiples espacios en que la formación arqueológica es necesaria, el trabajo de **Nasti** visibiliza los desafíos de sostener un lugar de enseñanza de la arqueología forense para profesionales vinculados a la justicia criminal (mediante un programa didáctico propuesto en el *Centro de Entrenamiento en Arqueología Forense*). De acuerdo al autor, en nuestro país todavía el Estado y la Justicia no han logrado atender cabalmente los hallazgos de restos humanos en escenarios forenses. La reducida presencia de personal calificado muchas veces conlleva la destrucción de información contextual fundamental para la resolución de los hechos delictivos. Frente a ello, el autor argumenta sobre las ventajas de incluir en la criminalística el entrenamiento en arqueología forense.

Finalmente, este número incluye una reseña del audiovisual *Ocupaciones humanas 15.000 años antes del presente: Cerro El Sombrero Cima* presentado por Raúl Taibo y Nora Flegenheimer (Superfriscopuntocom producciones). Este material, de acceso libre en internet, presenta la historia de un importante sitio arqueológico de la región que registra información sobre los primeros habitantes de la pampa bonaerense. Tal como lo plantea **Mazzia** esta propuesta constituye “una forma de contar (...) de generar espacios de diálogo” cuya elaboración renueva

viejos desafíos de la práctica arqueológica.

En una visión de conjunto, los trabajos compilados en el segundo número de PRÁCTICA ARQUEOLÓGICA alertan sobre la diversa gama de actividades que involucran nuestra profesión, las cuales -muchas veces- tiene lugar fuera de los espacios tradicionales de producción de conocimiento, y en la que están involucradas personas que carecen de formación arqueológica. Es nuestro deseo, que las discusiones presentadas al respecto contribuyan a reflexionar y discutir las implicancias epistemológicas, metodológicas y políticas que estas actividades conllevan y, en función de ello, comenzar a considerar en qué medida podemos incluir estas dimensiones de la práctica profesional en la formación de los futuros arqueólogos.

## BIBLIOGRAFÍA

- Ballart, J. (1997). *El patrimonio histórico y arqueológico: valor y uso*. Barcelona: Ariel.
- Bengoa, J. (2009). “¿Una segunda etapa de la Emergencia Indígena en América Latina?”. *Cuadernos de Antropología Social* 29: 7–22.
- Endere, M. L. (2001). “Patrimonio arqueológico en Argentina. Panorama actual y perspectivas futuras”. *Revista de Arqueología Americana* (20): 143–158.
- Escobar, A. (2005). Bienvenidos a Cyberia. Notas para una antropología de la Cybercultura. *Revista de Estudios Sociales* 22: 15-35.
- Harvey, D. (1989). *The Condition of Post-Modernity*. Oxford: Basil Blackwell.
- Trigger, B. (1992). *Historia del pensamiento arqueológico*. Barcelona: Crítica.